

E S P A C I O   A B I E R T O

Ana Alcolea

# El bosque de los árboles muertos

ANAYA

Beatriz había preparado una maleta diferente aquel verano. No iba de vacaciones con su familia a la playa como casi siempre. Tampoco iba de campamento con chicos del instituto ni de su pandilla. Sus padres la enviaban a Escocia para que mejorara su inglés. Viviría en casa de unos amigos de sus padres que tenían tres hijos, uno de la misma edad que ella y dos gemelos más pequeños. Mucho más pequeños, pensaba Beatriz. Había visto fotos de aquella familia numerosa, todos rubios, pecosos y blanquitos, pero nunca había estado con ellos.

Vivían en Edimburgo, pero pensaban pasar un par de semanas en una isla del oeste, en las Highlands, las Tierras Altas de Escocia. Ya tenían alquilado un lugar cuando la madre de Beatriz les pidió que alojasen a su hija. No había problema, le contestaron, disponían de todo un castillo y seguro que había espacio para una persona más.

—Un castillo, Beatriz, qué suerte. Vas a vivir en un castillo escocés —le dijo su madre apenas colgó el teléfono.

—Qué emoción, mamá —la voz de Beatriz no traslucía ningún entusiasmo—. Un castillo perdido en un

lugar desconocido con una familia también desconocida en medio de la nada. Seguro que no hay ni siquiera acceso a internet. Asquerosamente emocionante —fueron las palabras de la chica. Le parecía que la enviaban directamente al infierno.

—Un privilegio, querida. Si a mí me hubieran dicho a tu edad que iba a pasar unas vacaciones en un castillo en Escocia, habría dado saltos de alegría. En cambio, a ti...

—Un rollo, mamá. ¿Por qué no me dejas ir a la playa con vosotros? Seguro que podemos encontrar allí algún profesor particular, algún nativo que me dé clases a la hora de la siesta, después de jugar con las palas en la arena. Todos mis amigos van a ir, y yo no. No es justo.

—Tú te vas a Escocia. Seguro que Peter te parece un chico encantador. Dice su madre que le gusta mucho la música, como a ti, y que es muy simpático y que...

—Tiene pecas. No me gusta la gente que tiene pecas —contestó malhumorada Beatriz—. Y seguro que la música que le encanta no es el hip-hop ni el rap. Seguro que le apasionan Mozart y Vivaldi, como a ti. Un rollo.

Así que Beatriz preparó su maleta con desgana. No se molestó ni en doblar bien sus camisas y sus pantalones. Metió su bikini y sacó del cajón un montón de camisetas de tirantes de las que dejan el ombligo al aire. En ese momento entró su madre en la habitación.

—No te olvides de meter el chubasquero y un par de forros polares. Y calcetines gordos y botas para andar.

—¿Qué dices, mamá? Es verano. Tu amiga ha dicho que vamos a estar en un lugar de la costa, ¿no?

—Sí, querida, pero no vas precisamente a una playa del Mediterráneo. La latitud de Escocia no es la de aquí. Una isla en el Atlántico Norte puede ser un lugar

bastante fresquito incluso en julio. Llévate lo que te he dicho.

—Mamá...

—Por si acaso. Nunca se sabe —y salió de la habitación para no escuchar las protestas de su hija.

Lo que faltaba, pensó Beatriz; además, a lo mejor hasta hacía frío. Y llovía. Con las ganas que tenía de ponerse morena, de nadar en el mar, de jugar al voleypista, de volver a llevar aquel biquini rojo que tan bien le quedaba el verano pasado y que hacía que los chicos la miraran. ¡Los forros polares! En fin, los metería para no tener que soportar más las advertencias de su madre.

Era la primera vez que viajaba sola en avión. Aquello tampoco le parecía especialmente excitante. Al facturar el equipaje en el aeropuerto, le dieron una bolsita con la documentación que debía llevar colgada del cuello. Se sentía como una niña pequeña.

—No soy una cría. ¿Por qué me ponen esto?

—Porque aún no has cumplido los dieciséis años. Qué pesada estás —su madre la ayudó a colocárselo antes de pasar por el escáner del aeropuerto—. Y cambia de cara cuando llegues. Vas a ser la invitada de una familia estupenda. Deja ese gesto de recién vomitada que te acompaña últimamente.

Los comentarios de su madre no ayudaban precisamente a que Beatriz se sintiera a gusto con su situación.

Una vez dentro de la zona de tránsito, se sentó junto a la puerta de embarque, se colocó los auriculares del MP3, buscó su canción favorita y cerró los ojos para no ver aquellas caras con las que tenía que compartir el pequeño espacio cerrado y blanco de la cabi-

na del avión. Tan concentrada estaba en la música y tan alto tenía el volumen que no oyó las llamadas de megafonía que anunciaban la salida de su vuelo. Movía la cabeza al ritmo de su rapero preferido. Dio un bote cuando alguien le tocó el hombro.

—¿Qué pasa, qué pasa? —gritó por encima de la canción. Todo el mundo se giró para ver de dónde había salido aquella voz asustada.

—Pasa, señorita, que su avión está a punto de despegar sin usted —le contestó una voz amable pero firme—. ¿Beatriz González Sanclemente?

—Sí, sí, soy yo.

—La hemos llamado varias veces. Ya veo que no nos ha oído. El vuelo se está retrasando por su culpa. ¿Le parece bien?

—Lo siento, lo siento. No me he dado cuenta.

Y Beatriz se levantó lo más rápido que pudo. Cogió su pequeña mochila y entró en el avión ante las miradas furibundas de algunos pasajeros. Por su culpa, tres de ellos perderían su conexión de Edimburgo a Aberdeen, y cuatro no podrían tomar el último tren a Saint Andrews y tendrían que gastarse un montón de libras en un taxi. Y, por su culpa, un pasajero no llegó a tiempo para asistir al parto de su mujer. Claro que Beatriz nunca se enteró de nada de esto. Se durmió en cuanto despegó la aeronave y solo se despertó cuando el tren de aterrizaje se posó en la pista del aeropuerto internacional de Edimburgo.

Recogió su maleta y se encaminó hacia la salida. Miró a su alrededor. Decenas de escoceses miraban hacia la puerta por donde ella salía. Entre ellos estarían sus anfitriones. No tenía muchas ganas de encontrarse con ellos; una vez que eso ocurriera, ya no se

librería de ellos en todo el verano. Intentó dilatar el tiempo y ralentizar sus pasos en el vestíbulo del aeropuerto. De pronto lo vio: un cartel con su nombre en grandes letras, con unos ositos coloreados alrededor de la palabra «*Welcome*». El momento había llegado. A partir de entonces debería hablar inglés y solo inglés, tendría que sonreír más de lo habitual y soportar al chico de las pecas.

—¿*Beatris*? —le preguntó una mujer de cabellos rojos que se le acercó y cuyo rostro había visto antes en fotografías.

—*Beatriz*, con zeta —recalcó—. Sí, soy yo. Tú debes ser *Caterine*, ¿verdad?

—*Catherine*, con «th», o sea, con zeta. Sí, soy yo —replicó con una sonrisa que a *Beatriz* le pareció un fastidio—. Estos son *Charles* y *William*, los pequeños, tienen ocho años y son gemelos. Son ellos los que han hecho los dibujos del cartel. El nombre lo ha rotulado *Peter*, tiene tu edad. Te espera en casa con mi marido. Bienvenida. Espero que te encuentres a gusto entre nosotros.

Los niños la miraban como si fuera un bicho extraño recién venido de más allá del cielo. El pelo desordenado de *Beatriz* después de su sueño en el avión, los cables de los auriculares que le salían de las orejas y la camiseta que mostraba parte de su tripilla le otorgaban un cierto aspecto extraterrestre. Al menos eso fue lo que pensaron los dos pequeñajos que la contemplaban desde su posición cercana al suelo.

—Deberías quitarte esos aparatos cuando hables con nosotros, ¿no te parece? De lo contrario no nos oirás bien. Ni nos entenderás. Y has venido para mejorar tu inglés, ¿no?

*Beatriz* estuvo a punto de lanzarle una mirada de enojo, pero se controló. Aquello no empezaba por el mejor camino.

—Sí, claro. No me había dado cuenta. Mejor así —repuso mientras recogía los cables y el minúsculo aparato musical en la mochila.

William y Charles la seguían mirando con los ojos muy abiertos. Aquella chica hablaba muy raro.

—Tendrás una chaqueta a mano, ¿verdad? Hay mucha humedad y hace frío. Con esa camiseta casi inexistente te vas a helar —explicó Catherine.

—No soy friolera. En Madrid hacía mucho calor.

—Ya, pero esto no es Madrid. Espero que hayas traído ropa adecuada para Escocia. Me temo que mi ropa no te sentaría muy bien.

Efectivamente, Catherine era mucho más grande que Beatriz, más alta y más voluminosa; al menos cuatro tallas por encima de la suya. La chica podría nadar dentro de cualquier ropa que le dejara.

—Sí, no te preocupes. He traído jerséis de lana y un anorak y calcetines gordos. Mi madre me lo advirtió. También he cogido el biquini —Beatriz se sentía desolada.

—No creo que te haga mucha falta. Tal vez algún día, si hay suerte, puedas bañarte en la playa. Esa costa a la que vamos es fría.

—Estupendo —dijo Beatriz de muy mala gana.

—¿Has comido algo en el avión?

—No, he estado durmiendo durante todo el viaje.

—Entonces, debes de estar muy hambrienta. Vamos a casa, los hombres habrán preparado ya la comida.

Beatriz se acercó a hacerles una carantoña a los niños, pero ambos dieron un paso atrás asustados. Creían que aquel extraño ser, con cara de no gustarle el *haggis* escocés, podría morderles sus sonrosadas mejillas y comérselas despacio, muy despacio.

La familia MacAllister vivía en una casa de las afueras de Edimburgo. Durante el trayecto desde el aeropuerto, Beatriz no paraba de observar el panorama: el cielo iba adquiriendo un tono cada vez más gris. De un gris tan oscuro como nunca antes había visto. Cientos de casas adosadas también grises pasaban al otro lado de las ventanillas. A Beatriz le llamaban la atención las altas y grises chimeneas que se recortaban en el cielo. Se asustó la primera vez que un vehículo, un gran camión de hortalizas belgas, les adelantó por la derecha. La segunda vez su respingo fue menor y a la tercera ya se había acostumbrado a que allí todo transcurría al revés. Hasta el tiempo.

—Tendrás que retrasar una hora tu reloj. Aquí es una hora menos —fue la voz de Catherine la que le habló.

—Ya, como en Canarias. «Son las dos de la tarde. Una hora menos en Canarias», así empiezan todas las noticias en la radio.

—Sí, lo recuerdo bien —Cath había vivido tres años en España, donde había compartido piso con la madre de Beatriz.

—Cambiaré la hora del reloj —farfulló Beatriz con un volumen de voz apenas audible.

—Niños —se dirigió la madre a los pequeños, que atados en sus sillitas del asiento de atrás seguían sin articular palabra, incluso sin emitir sonido alguno—, decidle algo a nuestra invitada, que va a pensar que sois mudos. Están impresionados con tu presencia. No han parado de hablar de ti mientras te esperábamos. Y ahora no dicen nada. Espero que no le pase lo mismo a Peter.

Beatriz no dijo nada. Emitió una leve, muy leve, sonrisa y se giró para observar a los dos niños, que se habían quedado dormidos cogidos de la mano. Te-



nían las bocas abiertas. Le parecían un par de duendecillos extrañamente peligrosos a pesar de su tamaño. Nunca le había gustado el mundo inferior en general: ni los gnomos de los cuentos, ni los mosquitos, ni los niños de la guardería. A todos los catalogaba dentro del mismo saco: el que se tira al contenedor verde y no se recicla.

Por fin llegaron a la casa, uno de esos adosados grises de alta chimenea con pequeño jardín delante y largo jardín detrás. William y Charles saltaron del coche y fueron los primeros en entrar cuando el padre abrió la puerta. Le dijeron algo en inglés infantil que Beatriz no entendió y se metieron en la casa sin más preámbulos.

—Beatriz, te presento a mi marido, George.

—Encantada de conocerte, George. Estoy muy contenta de estar aquí —mintió Beatriz.

—Lo mismo digo, *Beatris*. Es un gran placer tenerte con nosotros —mintió George.

—Beatriz, me llamo Beatriz, con zeta, como si fuera una «th».

—Estoy segura de que os vais a llevar estupendamente —mintió Catherine.

Entraron en la casa. Todo el suelo estaba enmoquetado y Beatriz empezó a estornudar.

—¿Te has resfriado? —preguntó la mujer—. En los aviones siempre se coge frío. Y con la poca ropa que llevas...

—No, no es eso. Es que tengo alergia... a los ácaros del polvo. Siempre me pasa con las alfombras —explicó Beatriz. Aquello se presumía como una gran pesadilla con estornudos incluidos.

—Hay medicinas para eso, ¿las has traído? —inquirió George.

—No, la verdad es que no. No se me ocurrió. Ni a mamá tampoco.

—No importa. Mañana dejaremos la ciudad. El aire de las islas te sentará bien. Estoy segura. Ahora vayamos al salón para comer. Luego te enseñaré tu habitación. Deja ahí la maleta. Peter te la subirá después. ¡Peter, Peter! —llamó su madre—. ¡Nuestra invitada ya ha llegado!

En ese momento salió el muchacho de la cocina. Vestía un delantal blanco con dibujos de fresas y se secaba las manos con un paño de felpa azul. Era más alto que en las fotografías que le había enseñado su madre. Y más guapo. Su pelo no era tan rojo como el de su madre, era de un castaño ligeramente cobrizo y sus ojos eran muy verdes. Tenía muchas pecas. Le dio la mano a Beatriz, que hubiera preferido un par de besos.

—Hola, *Beatris*, ¿cómo estás? Bienvenida.

—Hola, Peter, muy bien, ¿y tú?

—Se llama Beatriz, con zeta, que es como la «th» de Catherine, Peter. Ya que ella no te corrige, lo hago yo —repuso su madre.

Beatriz no se había atrevido a decirle nada de su nombre. Le había gustado cómo había sonado emitido por aquella garganta de la que pendía una cadena de plata con un delfín. A través de sus labios gordezuelos, carnosos y manchados por una salsa intensamente verde de origen desconocido, el nombre de *Beatris* quedaba muy bien.

—Querido, te has manchado. Ahí, la boca. Límpiarte —le ordenó su madre.

—Cosas de la cocina —repuso el chico.

—¿Te gusta cocinar? —preguntó Beatriz.

—Sí, mucho. Esto —y se señaló la mancha verde que había pasado a su dedo— es salsa de menta. La he he-

cho yo mismo con menta del jardín. Es mucho más rica que la que venden en las tiendas. Ya verás cómo te gusta.

—¿Salsa de menta? —preguntó la muchacha.

—Sí, es estupenda para acompañar el cordero.

Beatriz odiaba los chicles y los caramelos de menta desde su más tierna e inocente infancia. Un día que tosía mucho, un amigo de su padre le había ofrecido uno de esos caramelos planos y blancos. Se lo había metido en la boca. Empezó a sentir que se le formaba un volcán dentro de la garganta. No podía respirar. Tosía más y más. Picaba más y más. Había escupido el caramelo sobre los pantalones del imbécil del amigo de papá y se había ganado un par de insultos que nadie más que ella había oído. Desde entonces no soportaba el sabor de la menta. Puso la mejor cara que pudo, como le había suplicado su madre, pero empezaba a sentirse desesperada en aquella casa en la que acababa de entrar: primero, la moqueta y, ahora, la salsa de menta. Ya solo faltaba que el castillo al que iban al día siguiente tuviera un fantasma.

A la mañana siguiente hubo que levantarse temprano: debían cruzar Escocia de Este a Oeste. En algún lugar de la costa los esperaba una lancha para llevarlos hasta la isla donde pasarían las vacaciones. Todo el mundo parecía muy excitado: Catherine iba y venía preparando bocadillos, George metía bolsas y más bolsas en el coche; la maleta de Beatriz fue una de las primeras en ser introducida en el vehículo. Una nevera y una gran mochila llena de comida fueron lo último.

—Compraremos la mayor parte de las provisiones en el supermercado del pueblo, antes de subir a la barca. Por eso hay que llegar pronto, antes de que cierren las tiendas —explicó Catherine.

—¿Y por qué no compramos la comida cuando estemos allí, en la isla? —preguntó Beatriz.

—Allí no hay nada —fue Peter el que contestó—. Nada de nada. No hay tiendas ni casas. Ni siquiera hay faro. Solo el castillo.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que vamos a estar solos en una isla, que no hay *pubs* ni un supermercado ni un cibercafé ni...?

—Bueno, solos exactamente no —fue George el que intervino—. El castillo está habitado. El dueño lo alquila en verano para ayudar a su manutención. Mantener un viejo castillo debe de ser muy caro.

Aquello era demasiado para la joven. No solo se la privaba de unas vacaciones en la playa con sus amigos, sino que se la desterraba a una isla *casi* deshabitada, con una familia *casi* desconocida en la que dos de sus miembros eran idénticos y aún no le habían dirigido la palabra.

—El dueño es Lord Douglas MacLachlan, un viejo capitán de navío. Vive en el castillo con la única compañía de un anciano mayordomo medio sordo —explicó Catherine.

—Excitante —exclamó Beatriz irónicamente—. Estupendo para mejorar mi inglés.

—El capitán te contará viejas historias. Será muy interesante —dijo George—. La verdad es que hace tiempo que habíamos planeado estas vacaciones, mucho antes de que nos llamara tu madre para pedirnos que te alojáramos este verano. Ambos trabajamos duro y necesitamos unas vacaciones tranquilas en un sitio tranquilo, lejos de la ciudad. Pensamos, además, que para los niños sería estupendo pasar unos días en contacto con la naturaleza, familiarizándose con la tierra de sus abuelos.

—¿De sus abuelos? —preguntó Beatriz.

—Sí, mis padres eran de la zona —repuso Cath—. Mi madre era una prima lejana de Lord Douglas, también tenía el apellido MacLachlan. Ella pasó parte de su infancia en la isla de Raasay, no lejos del lugar adonde vamos. Yo estuve allí una vez, de pequeña. Mis padres me llevaron, igual que yo llevo ahora a mis hijos. Una especie de tradición. Creo que es una suerte que hayas venido precisamente estos días. Estoy segura de que va a ser una experiencia fascinante para ti, un gran contraste con la gran ciudad de la que vienes.

—Ya —respondió muy poco convencida Beatriz.

Nunca le había gustado dar paseos por el monte ni participar en las marchas organizadas por la escuela. Casualmente, siempre se ponía enferma los días en que tocaba efectuar ese tipo de actividades. En la piscina odiaba tumbarse en el césped porque le parecía que las hormigas se le iban a meter por todos y cada uno de sus agujeros; y no soportaba ir de excursión, sentarse en una piedra y comerse una tortilla de patata que, por supuesto, recibía siempre la visita de algún inoportuno insecto. Y ahora iba a pasarse casi dos semanas en una isla en la que no había nada más que dos viejos probablemente inaguantables, una pareja de escoceses amables que se habían sentido forzados a aceptarla, un chico guapo aunque demasiado peco-so para su gusto, y dos extraños seres de pequeño tamaño que la miraban en silencio. Solo faltaba que el capitán los recibiera vestido con una falda y tocando la gaita.

Pasaron más de cinco horas en el coche hasta que llegaron al extremo noroccidental de las Tierras Altas. Después de salir de Edimburgo, enseguida dejaron la

costa para adentrarse en el interior de Escocia. Aquel paisaje de colinas y de brezos había sido testigo en el pasado de sangrientas batallas entre los nobles escoceses y los súbditos del rey de Inglaterra. Cerca de los lagos que veían desde el coche, el emperador Adriano había mandado construir una muralla que marcaba los confines del Imperio Romano en aquella parte del mundo. En los valles oscuros e inhóspitos, los diferentes clanes familiares habían luchado por el control de las tierras y por el poder de un pueblo. George les contaba que cada centímetro de aquel suelo había sido regado con la sangre de guerreros que daban su vida por el nombre de sus señores. Y por el nombre de Dios. Beatriz pensó que exageraba, pero no dijo nada.

Cruzaron montañas por estrechas carreteras en las que había que apartarse si aparecía otro vehículo en sentido contrario. En algunos picos todavía relucían restos de la nieve caída en invierno. Lagos y más lagos de aguas oscuras serpenteaban entre colinas cuajadas de brezo y de flores de color fucsia de tallo duro y áspero que eran las flores nacionales de Escocia, le explicó Catherine.

En aquellos lagos se escondían monstruos de afilados dientes, según antiguas leyendas que nadie se creía ya.

El cielo iba adquiriendo un tono más grisáceo conforme avanzaban hacia el Norte. Cuando el motor del coche se paró definitivamente, estalló una tremenda tormenta llena de rayos y de truenos. George aparcó junto al puerto y empezó a sacar el equipaje, que dejó en una zona resguardada. Los niños se quedaron en el vehículo bien atados, mientras su padre movía las maletas y Cath, Peter y Beatriz se ponían los anoraks y se encaminaban hacia el supermercado. A Beatriz le

gustaban poco los chubasqueros, y menos aún la lluvia, que le rizaba y le electrizaba el pelo. Su melena, que con tanto esmero había alisado la noche anterior para esconderla en una coleta de la que pendían tres rastas, había perdido toda su forma y le caía por la cara sin ninguna gracia.

—Aquí está tu lista, Peter, y aquí la tuya, Beatriz. Así acabaremos antes.

A ella le tocó comprar la leche, los cereales, el pan tostado, las mermeladas y los zumos de naranja; o sea, todos los ingredientes de un desayuno saludable. Estaba claro que no iba a probar las magdalenas en todos los días que estuviera en Escocia. Llenó el carro con todo aquello. En la caja estaban ya Catherine y Peter, que habían sido más rápidos que ella.

Salieron con las manos llenas de bolsas con vituallas y se encaminaron hacia el puerto. Allí los esperaban George, los gemelos y un hombre viejo, extremadamente arrugado, que saludó a Cath con una leve inclinación de cabeza.

—Soy John, señora MacAllister. Vengo a recogerlos. Ya le he dicho a su esposo que la mar no está muy amable hoy. Tenga estas bolsas, dele una a cada muchacho por si se marean, no quiero que me manchen el barco con vomitonas, que luego huele mal a pesar de la sal.

—Él tampoco parece muy amable —musitó Peter al oído de Beatriz—. El mar le habrá contagiado su rudeza.

Bea sonrió levemente. Odiaba los barcos. Se mareaba con mucha facilidad.

—Y ahora suban todos. Al capitán no le gusta esperar para cenar. Hoy les ofrecerá una cena de bienvenida. Las demás noches cenarán sin su compañía. Es la costumbre —explicó el hombre.

—¿Es el mayordomo? —preguntó Bea a Peter en voz muy baja. Aquel hombre le provocaba una sensación extraña; no sabía por qué.

—Da esa impresión, pero no me lo imaginaba así. No es como los mayordomos de las películas, más bien parece un viejo marinero.

—Chicos —fue George el que habló—, os presento al señor John MacMurray, el mayordomo de Lord Douglas. Él nos llevará hasta la isla en ese barco.

La incógnita quedó resuelta: era el mayordomo. Ambos miraron hacia su derecha. El barco era un yate deportivo anticuado, de unos diez metros de eslora, blanco y azul, con un nombre escrito en la popa: «RENATA».

—Vaya nombre raro para un barco, ¿no te parece? —le comentó Peter a Beatriz.

Beatriz se encogió de hombros. A ella, el nombre de la embarcación no le parecía ni raro ni normal. Simplemente, no le parecía nada. Era la primera vez que iba a montar en un barco tan pequeño. Una vez había ido hasta Palma de Mallorca en barco desde Barcelona. Se había mareado tanto que había pasado todo el trayecto vomitando por la borda.

No dijo nada, cogió la bolsa que le dio Cath y subió. Se sentó en la parte de atrás sin esperar a los demás. Alguien le había dicho que aquel era el mejor sitio en caso de movimiento marino. El barco se movía hacia todos los lados a pesar de estar todavía amarrado en el puerto. ¿Qué pasaría en cuanto salieran al mar?

—¿A qué distancia está la isla, señor MacMurray? —preguntó George.

—Si no hubiera esta lluvia, la veríamos desde aquí. A unas nueve millas marinas. Tardaremos una hora más o menos.



—¿Es seguro este barco? —se atrevió a preguntar Beatriz, que ya estaba resignada a casi cualquier cosa.

—El *Renata* es el mejor barco de estas islas. Nunca ha tenido ningún percance. Nunca. Ni cuando lo pilota el señor ni cuando lo hago yo.

MacMurray miró a Beatriz con cara de muy pocos amigos. Le molestaba que alguien, y más una mocosa como aquella advenediza, pusiera en duda la categoría y la seguridad de su barco. Porque él lo consideraba *su* barco.

—¿Y por qué tiene un nombre tan extraño? —continuó Bea con un tono que a Peter le pareció ligeramente desafiante y que el piloto entendió como signo de una pésima educación continental. Catherine y George se miraron como si esperaran que el barco se hundiera en las profundidades del mar en cuanto salieran a alta mar.

—Renata no es un nombre extraño, jovencita —exclamó el hombre, lo más condescendiente que pudo—. Era el nombre de la difunta esposa del señor. Lady Renata Scott MacLachlan.

Aquella hora en el mar se les hizo interminable a todos los pasajeros del *Renata*. El mar parecía una gigantesca bañera de hidromasaje. El agua movía el barco en todas las direcciones y parecía que lo fuera a volcar. Los gemelos no pararon de vomitar durante todo el trayecto, pero, eso sí, en ningún momento lloraron ni emitieron quejido alguno. Cath y George se cogían de la mano como si aquel fuera su último viaje. Peter estaba tan tranquilo. En su instituto practicaba remo y era muy aficionado a bajar ríos de aguas turbulentas con su kayak. Estaba acostumbrado a los

movimientos acuáticos. Y Beatriz... Beatriz cerró los ojos al principio para intentar ver en su imaginación una playa de arenas finas donde ella y sus amigos jugaban al voley bajo el sol. Al principio del trayecto se colocó los auriculares para escuchar su música preferida en el MP3, pero al cabo de muy poco rato se los quitó porque la cabeza entera le zumbaba. Fue entonces cuando empezó a llenar su bolsa de plástico. Su rostro empalideció progresivamente hasta que adquirió el mismo tono de los gemelos: blanco casi transparente, como si estuvieran aún sin terminar de hacer. Eso pensó cuando los vio la tarde anterior en el aeropuerto. En aquel momento no pensaba nada. Solo vomitaba.

El señor McMurray tuvo dificultades para amarrar el barco cuando por fin llegaron a la isla. El viento era tan fuerte que golpeaba la nave contra las paredes del muelle. George y Peter lo ayudaron y por fin pudieron saltar todos a tierra. Peter y su padre fueron los encargados de transportar todo el equipaje y las vituallas hasta tierra. Beatriz miró a su alrededor bajo la tempestad. Apenas se veía el mar por el que acababan de venir. El cielo había oscurecido todo lo que quedaba debajo de él. El gris había sido sustituido por el negro en poco rato. Le parecía que estaba en medio de la nada, en el centro de uno de esos agujeros negros que dejan las estrellas cuando se apagan definitivamente.

—Beatriz, coge tu maleta y una de las bolsas del supermercado. El castillo no está lejos —le pidió Catherine, que miraba a su alrededor sin ver nada.

—¿No nos recoge ningún coche? ¿Tenemos que ir andando? —preguntó incrédula.

—¿Coche? ¿Qué coche? Aquí no hay ningún coche. No hay carretera. Una pequeña senda hasta el castillo,

nada más —le contestó, al mismo tiempo que miraba a George, que no parecía mucho más contento que la jovencita invitada.

Partieron todos rumbo a un lugar que no podían ver.

—No suele oscurecer tanto en esta época del año —comentaba John, mientras los dirigía con una potente linterna—. Las noches de verano son claras en estas latitudes. Pero hoy la noche parece una caverna llena de gemidos.

—Se refiere al sonido del viento —le explicó Peter a Beatriz.

—Ya —contestó ella, agradecida al aire que iba desvaneciéndose su mareo.

John no cargaba con ninguna de las bolsas, pero se giraba de vez en cuando para iluminarlos con la luz de la linterna. El viento gélido se estrellaba en sus rostros y apenas les dejaba caminar. Anduvieron poco más de cinco minutos antes de emprender el ascenso de la colina. No más de otros cinco minutos. De pronto se encontraron de bruces con un gran portón de madera. John se paró delante, se metió la mano bajo el anorak y extrajo la llave más grande que nunca habían visto los chicos. La introdujo en la cerradura, los goznes chirriaron como si se lamentaran. Uno de los gemelos le apretó la mano tanto al otro que este incluso se quejó. La puerta se abrió y entraron en un patio porticado. Bajo los arcos, unas antorchas iluminaban el camino. Allí dentro todo estaba quieto y silencioso. Era como si el viento se hubiera quedado fuera del castillo. Como si no quisiera entrar.

—Sus habitaciones están en esta parte de la casa —dijo John señalando la zona de la derecha—. Luego se las mostraré. Ahora hemos de dirigirnos al come-

dor. El señor nos estará esperando. Nos hemos retrasado. Le gusta cumplir los horarios de manera muy estricta.

—Entenderá que hemos llegado tan tarde a causa de la tempestad —musitó George.

John no dijo nada más. Con un gesto les indicó que se quitaran los impermeables y se atusaran un poco el pelo. Dejaron la ropa mojada y los equipajes en una antesala iluminada con velas. Apenas se veía nada, solo una armadura de color tan plomizo como el cielo: las luces del candelabro más cercano hacían brillar su yelmo. Peter pensó que el dueño debía de haber sido muy bajito porque no le llegaba ni a los hombros. Cuando el señor MacMurray se despojó de sus ropas de mar, apareció vestido con un traje negro, camisa blanca y pajarita negra, como todos los mayordomos de las películas. Tomó uno de los candelabros de la antesala y abrió la puerta de dos hojas del comedor.

—Por fin han llegado —dijo una voz que evitaba parecer malhumorada.

—Señor, aquí están sus invitados, la familia MacAllister, de Edimburgo —los presentó formalmente John—. El señor George MacAllister, la señora Catherine MacAllister, el joven Peter MacAllister, los niños William y Charles MacAllister. ¡Ah!, y la señorita *Beatris*. Señoras, caballeros, Lord Douglas MacLachlan, decimoctavo conde de Tuleyork.

—¿*Beatris* MacAllister? —preguntó la voz, que iba adquiriendo corporeidad conforme todos se iban acostumbrando al ambiente oscuro de la habitación.

—No, señor, Beatriz González Sanclemente —respondió la chica, que no se atrevió a decir nada de la zeta de su nombre en aquel lugar.

—Entiendo que debes ser la niñera de los pequeños, ¿me equivoco? —Beatriz iba a decir algo, pero el

propietario del castillo continuó—: Sean todos ustedes bienvenidos a mi hogar.

—Lamentamos profundamente el retraso, Lord Douglas —empezó a decir George.

—Yo también lo lamento, señor MacAllister. Pero el mar tiene estas cosas. Es impredecible, imprevisible. Como la vida misma. Fascinante. Tengan la bondad de sentarse a la mesa. Les hemos preparado una cena fría que espero sea de su agrado. Me gusta ofrecer una bienvenida a mis invitados. A partir de mañana serán ustedes libres, podrán hacer uso de la cocina como si fuera la suya propia. Solo les rogaré que de vez en cuando dejen una pequeña porción de su condimio para John y para mí. Así no tendremos que molestarlos todos los días para hacer nuestra propia comida y todos estaremos encantados. ¿Le parece bien, señora MacAllister?

—Será un honor cocinar para usted, señor conde. Solo que no espere grandes maravillas gastronómicas. No soy una gran cocinera —replicó Cath, que sentía un escalofrío continuo desde que entrara en el comedor de Lord Douglas.

El escalofrío continuó durante toda la cena a pesar de que Cath era quien estaba sentada más cerca de la gran chimenea. Era casi tan grande como la pared frontal del comedor. Se necesitaría mucha leña para mantener el fuego cada noche y calentar la habitación, pensó Beatriz. El islote no parecía tan grande como para tener bosques ni John ni Lord Douglas tan fornidos como para acarrear la leña desde el muelle. ¿Quién traería la madera?, pensaron al unísono Peter y Beatriz, aunque nunca supieron que estaban pensando lo mismo. La joven pensaba, además, que nunca había imaginado que hubiera que encender una chimenea en pleno mes de julio. Con lo calentita que

estaría en una terraza de la playa, chupando un gran cucurucho de helado de chocolate, que era su favorito. En cambio, estaba allí, junto a una chimenea en un lóbrego y oscuro castillo escocés, en un minúsculo islote en medio de un mar tempestuoso. Miró el reloj, todavía eran las ocho y diez de la tarde. Como había dicho John, a esa hora debería haber luz allí, tan al norte de Europa, pero por los ventanales no entraba otra cosa que oscuridad. Además, John había corrido las cortinas de terciopelo verde en cuanto entró. La única luz que iluminaba la cena provenía de tres candelabros de plata y de los troncos que ardían en la chimenea.

—Exquisita la comida, señor conde —se atrevió a decir Peter.

—Gracias, muchacho, te llamas Peter, ¿verdad? La ha preparado John antes de partir a buscaros. No tiene mucha imaginación para la cocina, pero no está mal. La ensalada de arroz con pulpo es su especialidad. El pulpo lo pesqué yo ayer por la tarde. Nos gusta comer los frutos que nos da el mar. Una vez a la semana, John va a tierra y compra otro tipo de comida y las cosas que necesitamos. Una vez al mes, un barco nos trae la leña para calentarnos. Llegó hace tres días, así que tendremos fuego mientras estén aquí. También una vez al mes, otro barco nos surte de agua, llena la gran cisterna que hay en el patio de armas, no sé si la han visto. También vino hace dos días, así que nadie nos molestará.

—¿Y quién limpia? Esto parece tan grande... —musitó Catherine.

—Es grande, no solo lo parece, señora. Hace tiempo que no viene nadie a limpiar. Antes teníamos servicio fijo: tres doncellas, un cocinero, un mozo para las cuadras, un jardinero, el mayordomo, el ama de lla-

ves. Pero se fueron todos, solo quedó el fiel John, que no quiso dejarme solo. Hubo un período en que dos mujeres del pueblo venían un día a la semana para limpiar. Pero ya no vienen.

—No me extraña —dijo Beatriz en voz muy baja.

Todos la miraron estupefactos. A continuación miraron al conde, que no sabía si encolerizarse o mostrarse condescendiente con la «niñera».

—Jovencita, estás cenando en uno de los castillos más antiguos de Escocia. Mi familia se remonta a los tiempos de las primeras luchas por la nación, a la época de William Wallace. El primer MacLachlan, conde de Tuleyork, murió al defender esta posición frente a las tropas inglesas. Su majestad le otorgó el condado y muchas tierras, no solo este islote. Gran parte de esta costa nos pertenecía, señorita, mucho antes de que tus tatarabuelos se pusieran de pie.

—Debe disculpar a nuestra invitada, Lord Douglas. Vino ayer de España y está cansada del viaje. Es la primera vez que visita un castillo en esta parte del mundo. Todo debe de ser muy exótico para ella, ¿verdad, pequeña? —le preguntó Cath.

—Sí, debe de ser eso. Lo lamento, señor. Está todo tan oscuro... No estoy acostumbrada. Hace frío... Yo... lo siento.

Beatriz se habría levantado, pero no sabía adónde ir. No conocía el camino a su dormitorio y no parecía factible volver al muelle, coger el barco y regresar a la costa. Estaba allí encerrada con unas personas a las que les parecía normal cenar a oscuras, casi en silencio, sin tele, escuchando solo el viento y la lluvia que caía al otro lado del muro.

—John, puedes acompañarlos a sus habitaciones —dijo el conde al finalizar la cena. Dobló cuidadosamente su servilleta y se levantó—. Yo voy a retirar-

me, señores. Suelo acostarme temprano, hoy he hecho una excepción para esperarlos, pero creo que ya es suficiente. El mayordomo les dará las instrucciones sobre el funcionamiento de la cocina, del baño, sobre las costumbres de la casa, los horarios, en fin, sobre todo. Confío en que se encuentren aquí como en su propia casa. Y ahora, si me disculpan... —e hizo una levísima inclinación de cabeza al mirar a Cath—. No hace falta que se levanten. Buenas noches.

Todos quedaron en silencio cuando se hubo ido. Solo John empezó a dar las instrucciones que deberían seguir durante aquellos días: podrían estar en la cocina de 8 a 9 de la mañana, de 13 a 14 horas y de 19 a 20 horas, el resto del día la cocina debería estar a disposición de su señor y de él. Podrían usar el baño principal todo el tiempo que quisieran, pero debían intentar no malgastar el agua, un bien muypreciado en el islote. Podían y debían comer en el comedor en que estaban de 8 a 8.30 de la mañana, de 13.30 a 14.30 y de 19.30 a 20.30. Una hora después de cada uno de esos períodos, el comedor estaría ocupado por Lord Douglas y por él. El señor contaba con un salón en su ala privada del castillo, a la que nunca deberían ir. No obstante, al señor le gustaba pasar algunos ratos en el salón principal. Esos ratos serían de 12 a 13 y de 17 a 18. De hecho, Lord Douglas siempre se hacía servir el té en el salón principal. Estaría a su disposición la vajilla de la cocina, pero no el servicio de porcelana que guardaban los aparadores del comedor, que había pertenecido a la señora y que el señor tenía en una gran estima. A partir de las 20 horas, el portón principal del castillo quedaba cerrado y nadie debería entrar ni salir. Después de esa hora, además, se prohibían los juegos infantiles y se debía pro-



curar que los gemelos estuvieran ya en la cama, preferentemente dormidos.

Todos, menos los pequeños, pensaban que aquello parecía un régimen cuartelario, pero no dijeron nada. Se limitaron a sonreírle al mayordomo, aparentando que las normas les parecían estupendas. La sonrisa de Beatriz era diferente. Era una sonrisa petrificada.

John tomó uno de los candelabros de plata y les pidió que lo siguieran. Salieron a la antesala, donde habían dejado el equipaje. Les ordenó que cogiesen primero las bolsas del supermercado y el resto de la comida para llevarlas a la cocina. Era la única dependencia, junto al salón, el comedor y la biblioteca, que estaba en el piso bajo. Cath nunca había visto una cocina tan grande, ni Peter ni George. Bea se quedó con los niños, cuyos ojos se iban cerrando por momentos. La muchacha tuvo que darles alguna que otra palmada para evitar que se durmieran. La luz de la antorcha que había junto a la armadura parecía a punto de extinguirse y desprendía un aroma adormecedor. Apenas podía ver los demás objetos que había en la dependencia. Las paredes parecían desnudas. O casi. De pronto, Beatriz notó unos ojos que la miraban desde muy cerca del techo. Dio un respingo y un leve grito que bastó para despertar momentáneamente a William. Charles parpadeó aún más lentamente después del chillido de Bea. La chica se acercó a la pared de la que provenía aquella mirada. Una mujer rubia, ataviada con un vestido de color amarillo muy claro, la observaba. Estaba muy quieta, inmóvil, apenas sonreía desde su atalaya.

—Es Lady Renata, jovencita —la voz de John le hizo dar otro respingo—. El retrato de Lady Renata. Mañana la podrás observar mejor a la luz del día. Es hora de descansar.

—¡Qué cocina, chica! —le dijo Peter mientras le daba un codazo en el brazo—. Nunca he visto algo tan enorme. Hay unos fogones más grandes que toda nuestra cocina entera.

—Vamos, niños, despertad. Os espera una cama estupenda —Cath zarandeó a los dos pequeños, que se resistían a abandonar el comienzo de un sueño estupendo. Soñaban los dos lo mismo, que estaban quitándole las plumas a una gaviota que habían visto en el muelle soportando la lluvia y el viento.

—Debes de estar agotada, *Beatris* —y George cogió la maleta de la joven, quien no se atrevió a corregirle la pronunciación de su nombre.

De hecho, no se atrevió a decir nada. La mirada de Lady Renata desde su cuadro la había dejado sin palabras.

John encendió tres velas y las colocó en tres pequeños candelabros que fue repartiendo conforme iban llegando a las habitaciones: uno para Cath y George, otro para Peter y los pequeños, y el último para Beatriz. Su habitación estaba en la esquina de la izquierda; había dos puertas entre su dormitorio y el de la pareja.

—¿Y estas dos puertas? —se atrevió a preguntarle al mayordomo.

—Están cerradas. Esas habitaciones no se usan.

—¿Y por qué no me da una de ellas, la más cercana a la habitación de mis amigos? Aquí voy a estar muy lejos —Beatriz sentía un extraño temor, pero no quería mostrarlo.

—Ya le he dicho que no se usan, no están preparadas para los invitados.

—¿Y qué hay en ellas? —insistió la joven.